JOAQUÍN TELLEZ DE SOTOMAYOR

La póliza de peseta

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

LA PÓLIZA DE PESETA

LA PÓLIZA DE PESETA

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

original de

JOAQUÍN TELLEZ DE SOTOMAYOR

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 29 de Marzo de 1917

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NUMERO 551
1917

A Carmen Cobeña y Federico Oliver

Por una vez sale fallido un añejo refrán español; la filosofía popular de Sancho queda esta vez maltrecha y malparada.

Quien da lo que tiene no está obligado a más, dice una vulgar sentencia, y yo que a ustedes les dedico y les ofrezco este mi pobre lenguaje de aprendiz de autor, doy lo que tengo, y efecto de las atenciones de ustedes para conmigo estoy obligado a más, a mucho más.

Por ahora, sírvanse aceptar esta dedicatoria en la que va envuelta a falta del mérito del trabajo, un gran afecto, una real estimación y una buena voluntad que llanamente les ofrece

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SOCORRO	María Morera.
MARIETA	Magdalena Abrines.
LAURITA	Elisa Pérez Luque.
CARVAJAL	José González Marín.
CORONEL	Federico Gonzálvez.
NAVARRETE	Emilio Mesejo.
DOCTOR SAGREDA	José Trescolí.
CIENFUEGOS	Andrés B. Botana.

ACTO UNICO

Cuarto de muchacho soltero; en él habrá el encantador desorden que existe siempre en la casa de un teniente que vive al cuidado de su ordenanza. Puerta en el foro y a la derecha. Un sillón, sillas, una mesa y una panoplia adosada al muro. A la izquierda, un biombo.

Derecha e izquierda, las del actor.

—

Al levantarse el telón aparece PACO CARVAJAL leyendo plácidamente una novela al tiempo que saborea una taza de café que le habrá entrado en el momento de levantarse el telón su asistente NAVARRETE, el que sale de escena sin decir pío, dejando el café encima de un veladorcito que habrá al lado de la butaca donde está sentado Carvajal. Momentos después llaman al timbre de la puerta de la calle y entra como una tromba JOAQUÍN CIENFUEGOS vestido de uniforme de Teniente de Infantería (1), amigote e íntimo amigo de PACO CARVAJAL. Apenas entra se estupefacta al ver a PACO en su deliciosa placidez.

Cien. Eres de lo que no hay.

Carv. (Con asombro ante la interrupción de su compañero.) ¡Eh!

Cien. De la que no hay; me has dado un susto de órdago a la grande.

Carv. ¿Pero por qué?

Cien. ¿Cómo que por qué? ¿Te parece decente enviar la baja por enfermo al Coronel, hacer

(1) No es preciso que Cienfuegos vista de uniforme. Las Empresas pueden disponer que este personaje salga a escena de paisano.

que tu asistente casi nos pida la peseta para la corona de tu entierro, que yo me alarme y apenas termine la semana venga a verte, creyendo que estás en las últimas, y te encuentre sentado plácidamente saboreando una taza de café y leyendo? (Le quita el libro a Carvajal y mira el título.) Nada, una pequeñez: a Paul de Kock.

Carv. ¿Pero quieres oirme, taravilla?

Cien. La mañanita me la has dado. (Como recordando.) ¡Ah! ¿Y Navarrete? Ese también se va a ganar lo suyo. (Va hacia la puerta, en la cual llama gritando.) ¡Navarrete!

Carv. Pero chico...

Cien. (Gritando más fuerte.) ¡Navarrete!

(Aparece NAVARRETE en la puerta pensando por el tono con que ha sido llamado que no va a salir incólume de la entrevista.)

Nav. Mand'usted.

Cien. Navarrete... eres un animal.

Nav. (Con quejumbrosa admiración.) Mi teniente.

Cien. Un animal digno de cualquier parque zoológico. ¿Te enteras?

Carv. ¿Pero qué ha hecho?

Cien. Navarrete, ¿qué has dicho esta mañana en el cuarto de banderas, cuando llevabas al Coronel la baja de tu señorito?

Nav. Miusté, mi teniente, que no m'acuerdo.

Cien. ¿No has dicho que tu amo tenía una pulmonía y que estaba tiritando en la cama, metido entre no sé cuántas mantas?

Nav. Miusté, mi teniente, que yo...

Carv. Anda, Navarrete, vete a la cocina, y no olvides que estoy contento de ti.

Nav. A la orden de ustedes. (Sale Navarrete perfectamente tranquilizado por las últimas palabras de su amo.)

Carv. ¿No comprendes que mi asistente me es fiel como un perro de aguas y que todo lo que ha dicho es por mandato mío?

Cien. ¿Y si le dices que diga que te has muerto?

Carv. Sale de casa y encarga las esquelas.

Cien. Luego tu enfermedad es maula, tu pulmonía filfa, tu estancia en la cama invento... Bueno, ¿y por qué no me has dicho a mí nada? Una tarjeta... dos líneas... Y ahora cuenta... cuenta, que llevo aquí un rato largo y aún no me has dicho una palabra de lo que te

ocurre... ¿Te has peleado con el coronel?... ¿Estás de monos con su hija?... ¿Te ha arañado la madre?... Vamos, cuenta, dime.

Carv. Pero, hombre, déjame y verás cómo lo que me pasa no tiene nada de particular.

Cien. (Impaciente.) Bueno, pero cuenta... cuenta, que ardo en deseos de saber lo que te ocurre.

Carv. Nada y mucho. ¿Tú conoces a Marieta?

Cien. (Interrumpiéndole.) ¡Atiza! ¡Buena cosa dijiste, Marieta! Te he dicho mil veces que Marieta es una mujer que va a ser tu perdición...

Carv. (Interrumpiendo a su amigo.) Cienfuegos, déjame acabar. Marieta y yo hemos terminado para siempre.

Cien. Bueno, admitamos que eso sea así; pero ello no explica lo que tiene que ver la pelotera con Marieta con tu baja de hoy.

Carv. Pues son consecuencia lógica una de otra. A Marieta la cité anoche, fuimos a Los Gabrieles, allí la dije mis proyectos, allí la conté que iba a formalizar unas relaciones, que pensaba casarme.

Cien. (Interrumpiéndole.) Y no digas más, lo sé, conozco esas escenas: desmayo, llanto, soponcio...

Carv. (Interrumpiéndole a su vez.) Dale, que no. hombre, que no sabes de la misa la media. Ni llanto ni soponcio.

Cien. (Con gran asombro.) ¿No?

Carv. No.

Cien. (Intrigado.) ¿Pues qué hubo? ¿Qué fué?

Carv. Una juerga de esas que tiran de espaldas; hoy, como sabes, me tocaba de guardia de prevención, y al ir a levantarme de la cama veo que no me puedo mover... ¿Qué hacer? ¿Ir a la guardia hecho harina? ¿Quedarme?... El sopor pudo más que yo, firmé la baja, la envié con mi asistente, encargándole dijera que estaba enfermo de cuidado... muy enfermo; he mandado una tarjeta a Laurita, cuya contestación aquí tengo (Coge una tarjeta que tendrá encima del velador y se la enseña a Cienfuegos.) y hasta dentro de dos o tres días, que me daré de alta.

Cien. ¿Y Marieta?

Carv. Hecha un cesto la mandé en un coche a su casa.

Cien. ¿Total entonces?

Carv. Nada entre dos platos: un oficial que se da de baja y que dentro de poco se dará de alta.

Cien. ¿De modo que para Laura?...

Carv. Como para todos, gravísimo. Y si no, mira lo que me dice: (Coge la carta que antes enseñó a Cienfuegos y la lee.) «Querido Paco: ¿Qué tienes? Estoy intranquila. Me han dicho que estás muy enfermo... ¿Qué te pasa? Por Dios, dime en seguida qué es lo que te ocurre. Tuya o de nadie, Laura.»

Cien. ¡Hombre! Déjame esa tarjeta; llevo una estadística especial de las cartas de mujeres.

Carv. (Dándole la tarjeta a su amigo.) Tómala; no dice nada más que lo que te he dicho.

Cien. (Lee para sí la tarjeta como si estuviese descifrando un geroglífico egipcio, y con gran asombro exclama.) ¡Hombre!... ¡Ni una!

Carv. (Asombrado a su vez.) ¿Cómo ni una?

Cien. (Devolviendo la carta a Carvajal.) Ni una falta de ortografía. (Con curiosidad.) Oye, ¿y esta estrellita que hay aquí al final qué quiere decir?

Carv. (Sin darle importancia a lo que dice.) Nada... una tontería... Pero, en fin, te lo contaré... Donde está esta estrella puso Laura sus labios.. Es un modo romántico de enviarme un beso.

Cien. (Ingenuamente.) ¡Caracoles, y lo que sabe la niña del coronel!

(Entra NAVARRETE en escena haciendo una irrupción extemporánea efecto de un pánico que no trata de disimular.)

Nav. ¡Señorito! ¡Señorito! Esta es pior; el médico del regimiento.

Carv.
Cien. } (Aterrorizados pegan un salto diciendo;) ¡¡Eh!!

Nav. El médico del regimiento que sube por la escalera. Lo hi visto dende el ventano de la cocina.

(Al oir esto Carvajal empieza a retirar todo lo que representa la tranquila paz en que se encontraban y van colocando en la escena todo lo que indica el diálogo.)

Carv. Fuera todo esto... venga una almohada... arroparme con una manta... Ingéniate, Navarrete... Tú, Cienfuegos... arregla la escena. (Timbre de la puerta.) Llaman. (Carvajal se queda arropado en la butaca, como si estuviera realmente grave. Navarrete pone encima del velador un frasco

que ha encontrado en la alcoba; cualquiera que viese a Carvajal le reputaría como enfermo realmente.)

Nav. No se apure usted, señorito; aquí, así puesta la manta... y encima de la mesa hasta este botellico que hi encontrao en la mesa de noche y que pué hacer su papel...

(Llaman otra vez a la puerta.)

Carv. Que llaman, Navarrete.

Nav. (Gritando a todo pulmón.) ¡Voy!

Cien. No tan fuerte, hombre, que está tu amo enfermo.

Nav. ¡Ridiez, es verdad! (En voz muy baja.) ¡Voy.

Carv. Pero vete. (Vase Navarrete por la puerta del foro.) Y ahora que venga el Doctor; va a creer que estoy en las últimas.

Cien. (Preocupado.) ¡Dios quiera que salgas bien de ésta!

Carv. ¡Cá! No te preocupes... Ya verás qué bien documentado estoy.

Cien. Yo, como buen cristiano, practicaré en hipótesis una obra de misericordia: visitar a los enfermos.

(En este momento entra seguido de NAVARRETE, que no las tiene todas consigo, el DOCTOR SAGREDA hombre cachazudo, de cerca de los cuarenta y cinco, que rebosa bondad y simpatía.)

Doctor Buenas tardes nos dé Dios por esta casa... (A Carvajal.) ¿Qué es eso?... ¿Qué ocurre?... (Saludando a Cienfuegos.) ¡Hola, Cienfueguitos! (Por Carvajal.) ¿Qué tiene este hombre?... El señor coronel me mandó que viniese oficialmente... (Tomándole el pulso.) Pulso normal... ¿La lengua? (Carvajal enseña la lengua al Doctor.) Lengua normal... ¿Le ha visitado a usted el médico?

Carv. (Un poco azorado.) Sí, señor... Vino hace un rato. ¿No es verdad, Navarrete?

Nav. (Aparte.) ¡Otra, yo no mi queo atrás! (Al Doctor.) Sí siñor, sí... Y li ha recetao una melecina. (Enseñando al Doctor el botellín que trajo de la alcoba.) Aquí hay algo del frasco... casi está vacío.

(El Doctor Sagreda, muy calmosamente, coge el frasco, lo mira, lo destapa y lo huele.)

Doctor (A Navarrete.) ¿Tomó esta medicina?

Nav. Sí, siñor; aún no hace un cuarto de hora.

Doctor (A Carvajal.) ¡Caramba! ¿Qué médico le visita a usted?

Carv. (Aturdidísimo.) ¿A mí?.. Un vecino... sí... un vecino... que vive arriba.

Doctor (Siempre con su calma y sin dar importancia a lo que dice.) Sí que es raro. Le ha mandado a usted ron-quina.

Carv. (Aterrorizado.) ¡¡Eh!!

Doctor Digo: el letrero... el olor...

Carv. Será que... (Dándose cuenta de la metidura de pata de su asistente y dirigiéndose a él.) ¡Navarrete, eres un animal!

Nav. Como no haiga cambiao el frasco.

Doctor (Sin darle importancia al incidente.) Bueno, vamos, ¿y qué síntomas tiene usted?

Carv. (Persistiendo en representar su comedia de enfermo.) ¿Síntomas? Ya vengo hace tiempo malo... Llevo unos días que tengo unas acedías... un ardor de estómago...

Doctor (Interrumpiéndole.) Pirosis, bueno, pirosis.

Carv. Además no tengo gana ninguna de comer...

Doctor (Interrumpiéndole.) Anorexia... ¿Qué más?

Carv. (Viendo la poca importancia que el Doctor da a los síntomas anteriores, continúa inventando nuevas manifestaciones de su enfermedad.) Y unos vómitos... (Buscando el testimonio de su asistente.) ¿Verdad, Navarrete?

Nav. (Asintiendo ingenuamente.) Eso sí es verdad... ¡Unos vómitos!

Doctor (A Carvajal.) Y diga usted, ¿seguramente ha tenido usted caprichos raros... deseos de cosas extrañas?...

Carv. (Encantado al ver que según parece el médico va cayendo en la trampa.) Sí, señor. (A su asistente.) ¿Verdad, Navarrete?

Nav. (Al Doctor.) Sí, señor; a lo mejor pide unas cosas más raras...

Doctor (Se pone de pie y dice con su calma habitual y como reflexionando.) De modo que... pirosis... anorexia... vómitos... caprichos raros... (Yendo hacia la puerta.) Vaya, Carvajal... vuelvo en seguida.

Carv. (Preocupadísimo ante la extraña salida del Doctor.) ¿A dónde va usted, doctor?

Doctor (Imperturbable y desde la puerta.) En busca de una comadrona.

Cien. (Alarmadísimo.) ¡Pero doctor!

Carv. Doctor, ¿qué dice usted?

Doctor (Imperturbable.) Todo eso que tiene usted, ami-

go Carvajal, es síntoma indudable de un próximo alumbramiento.

Carv. ¡Doctor!

Cien. ¡Doctor!

Doctor (Con su calma no exenta esta vez de bondadosa ironía.) Nada, nada.. (A Carvajal.) Será usted un caso nuevo digno de estudio de doctores magnos.

Carv. (Viéndose perdido y en tono de súplica.) ¡Doctor!

Cien. (Suplicante también.) ¡Doctor!

Carv. (De pronto y muy decidido a su asistente.) Tú, Navarrete... a la cocina.

Nav. (Yéndose por la puerta del foro y muy preocupado. Aparte al irse.) ¡Ridiez, mi amo en este estao... Si no pué ser...

Carv. (Apenas se ha ido Navarrete tira las almohadas y la manta, poniéndose de pie y diciéndole a Sagreda con franca ingenuidad.) Doctor... sálveme usted... Yo, Doctor, la verdad, no tengo nada, absolutamente nada.

Doctor (Cachazudamente.) Ya lo sabía.

Carv.
Cien. (Los dos a un tiempo.) ¡Cómo!

Doctor (Sin salir de su calma.) Que ya lo sabía; lo he dicho en castellano, que ahora los médicos no hablamos en latín; y le recomiendo, amigo Carvajal, le recomiendo que cuando invente una enfermedad, busque síntomas más apropiados... (Reflexionando.) Hay unos reumas tan oportunos, unas neuralgias tan encantadoras...

Carv (En actitud de súplica.) Doctor... yo le ruego...

Doctor (Interrumpiéndole.) No me diga nada; por mí nada se sabría; pero no sé cómo ni por dónde el señor coronel sabe perfectamente y a estas horas que la enfermedad que usted padece no está consignada en ninguna patología ni se cura con ninguna terapéutica...

Carv. (Hecho un taco con semejante revelación.) ¿Pero el señor coronel?...

Doctor El señor coronel me dijo secamente: Vaya usted en visita oficial a ver al teniente Carvajal, que se ha dado de baja; y no he de recordarle, doctor, la responsabilidad en que usted incurre, si, como estoy perfectamente seguro, dicho oficial no tiene absolutamente nada y dice usted en su informe algo contrario a la verdad.

Cien. (Interviniendo por salvar a su amigo.) Doctor, es preciso, es necesario salvar a Carvajal..

Doctor (Afectuosamente.) Yo bien quisiera... pero el señor coronel...

Carv. (Confesándose con el médico.) La verdad, doctor... la verdad: anoche tarifé con una antigua amiga... tuvimos la cena de despedida...

Doctor (Interrumpiendo a Carvajal.) Y se le han indigestado a usted los adioses.

Cien. (Terciando en el asunto,) Tal vez bebió algo más de la cuenta, y esta mañana, que le tocaba entrar de guardia de prevención, no podía tenerse en pie.

Carv. (Apurando todos los recursos.) Si no ya usted me conoce, doctor...

Cien. Crea usted, doctor, que si no...

Doctor (Interrumpiendo en tono salmódico.) Basta...

Carv. (Insistiendo.) Es que hay que ver que si usted no me protege...

Doctor (En el tono de antes.) Basta...

Cien. Si no hace usted algo por él...

Doctor Basta... Estoy perfectamente convencido... (Afectuosamente a Carvajal.) A ver: ¿cuántos días quiere usted estar malo?... ¿Tres?... ¿Dos?... Los menos posibles... Diga usted, ¿le agradaría tener un violento dolor de riñones?...

Carv. ¡Hombre, doctor! ¡Tanto como agradar!...

Doctor Estoy hablando hipotéticamente... ¿O un rabioso dolor de muelas?... ¿O una cefalalgia?... (De pronto y como encontrando la idea salvadora.) ¡Ah! Sí, nada... lo encontré... Tiene usted un reuma articular que le tiene baldado. ¿Eh, qué tal? ¿Hecho?

Carv. (En el colmo del entusiasmo.) ¡Hecho! ¡Sin regatear!

Doctor ¿De modo que...?

Carv. (Estrechando efusivo la mano que le tiende el médico.) ¡Reuma articular! (El Doctor se pone en pie, por lo que Carvajal llama a su Asistente.) ¡Navarrete!

Cien. (Repitiendo la llamada.) ¡Navarrete!

Nav. (Apareciendo por la puerta del foro.) Mándeme ustés

Carv. (Al Asistente.) Acompaña al doctor con palio y marcha real.

Doctor Sí, me voy, que tengo en el aire una barrera para la extraordinaria del domingo. ¡Ahí es nada!... ¡ocho miuras!.. ¡cuatro matadores!...

pero usted, Carvajal, se fastidia... (Jovialmente.) Los reumáticos no van a la plaza.

Carv. No, señor; pero me quedaré encantado con tal que usted se divierta, y solo pido a Dios ocho estocadas, una para cada toro.

Doctor ¡Y que yo lo vea, eh! Conque hasta otra... Adiós, Cienfuegos. (Desde la puerta.) Que usted se alivie, Carvajal.

Carv. ¡Que lástima que seamos tan pocos!

Doctor ¿Por qué?

Carv. Para que retumbase el espacio contestando a mis vítores: ¡Viva el doctor Sagreda!

Cien.
Carv. (A un tiempo.) ¡Viva!
Nav.

(Escena de gran animación. Navarrete tararea la marcha real, mientras Cienfuegos y Carvajal continúan dando vivas.)

Doctor (Yéndose.) Gracias, gracias, amado pueblo... ¡ay! quién tuviera veinte años... (Vase el médico por el foro.)

Cien. Chico, de buena has escapado, porque si el Coronel se percata...

Carv. Sí, con el cariño que me tiene.

(Navarrete, que ha ido a despedir al médico, vuelve por el foro muy preocupado por el diagnóstico.)

Nav. Señorito, ¿qué dijo el médico?

Carv. (Sin ganas de dar explicaciones.) Que los asistentes están en la cocina, y no no se mueven de allí por nada ni para nada, hasta que su amo les llame, ¿te enteras?

Nav. (Yéndose resignado por el foro.) Güeno, pues hasta que usted me llame.. (En la puerta.) Que conste que hasta que usted me llame.

Carv. Estos asistentes son magníficos; pero les das un tanto así de confianza, y se toman el pie.

Cien. Oye, Carvajal, ¿no te parece extraño que nuestro Coronel sospeche así tan por lo seguro que nuestra enfermedad es maula, y que te haya enviado a ese bendito doctor, honra y prez del cuerpo de Sanidad Militar?

Carv. Sí que es raro, tanto más cuanto que su hija, ya ves, cree que estoy realmente enfermo, a juzgar por su misiva.

(Se oye llamar en el timbre de la puerta de la calle.)

Cien. Espera... han llamado.

Carv. (Hará lo que indica el diálogo.) Será una visita...

al sillón... venga la manta... pon la almohada...

(Vuelve a oirse el timbre de la puerta.)

Cien. Y trae prisa.

Carv. ¿Pero qué hace Navarrete que no sale a abrir?... Oye, Cienfuegos... ¿eh, qué tal? Estoy o no en situación? (Se vuelve a oir un timbrazo más prolongado.) Pero ese hombre que no abre... (Gritando.) ¡Navarrete!

Cien. (Yendo hacia el foro y gritando también en la puerta:) ¡Navarrete! (Vuelve a oirse el timbre de la puerta en un timbrazo larguísimo, al tiempo que aparece Navarrete en el dintel de la puerta del foro.)

Carv. (Al ver la tranquilidad de su Asistente.) Pero Navarrete, ¿no oyes llamar?

Nav. Sí que oigo; pero como usted mi dijo que no saliera de la cocina si usted no me llamaba... y como usted no pué ser el que está a la puerta... pues ve ahí no hi salío. (Otro timbrazo.)

Carv. (A su Asistente.) Anda, vete, que van a hacer cisco el timbre.

Nav. Mandándomelo usted, de seguía. (Yéndose hacia la puerta.) Si no, se está ahí quien sea hasta la miguelá que viene. (Vase Navarrete a abrir.)

Cien. Veremos quién viene tan fogosamente.

(Entra como una tromba MARIETA. Vendrá muy elegante, sin que por su aspecto se vea que puede ser la querida de Carvajal.)

Mar. (Entrando.) Yo, sí yo... Qué, ¿no querías abrirme? Pues yo, sí, yo, ¿qué hay?

Carv. (Que no sale de su apoteosis.) Sí, ya te veo, tú... ya sé que eres tú.

Cien. (Inclinándose al oído de su amigo y como presintiendo el nublado que se le viene encima a Carvajal.) Si me necesitas me quedo.

Mar. (Al notar el recadito a la oreja de Cienfuegos.) Eso es, dígale usted cosas al oído; todos ustedes son iguales.

Carv. (Que ya está repuesto de la sorpresa.) Mujer, que poco social eres; espérate siquiera a que te lo presente, para ponerlo verde.

Mar. (A Cienfuegos.) Usted perdone, no he querido ofenderle.

Cien. (A Marieta.) Señora, por Dios... le decía que el onceno es no estorbar, y dicho este aforismo saludo y me voy por el foro.

Carv. (A Cienfuegos.) ¿Volverás?

Cien. (Que está ya en la puerta.) Lo antes posible. Hasta ahora. (A Marieta.) A los pies de usted. (Con ironía a Carvajal.) ¡Ah!... Y que te alivies. (Vase Cienfuegos por el foro, dejando solos a Marieta y a Carvajal.)

Mar. Bueno, Paco, comprenderás que no vengo e hacerte una visita de cumplido, he ido al Cuartel, allí me han dicho que estabas enfermo, otro embuste tuyo, una mentira más.

Carv. ¡Mujer!

Mar. (Sin dejar hablar a Carvajal.) ¿De modo que tú te crees que es decente, que es lógico, que es de hombre de vergüenza lo que tú haces? (Desdiciéndose con la intención de un miura.) Es decir, lo que quieres hacer.

Carv. Pero Marieta, tú comprende que...

Mar. (Interrumpiéndole.) Sí, sí, te comprendo. Eres al fin y al cabo... un hombre; bueno, pues yo soy una mujer.

Carv. Si no es más que eso lo que vienes a decirme..

Mar. (Sin hacer caso de Carvajal, cada vez excitándose más al hablar.) De modo que a mí, a la mujer que la has tenido como un zarandillo de tus caprichos, la das un cochino puntapié y la echas a la calle, para casarte con la mona de la niña de tu Coronel, pues no, no y no.

Carv. ¡Marieta!

Mar. Qué te pensabas, ¿que iba yo a llorar? ¡cá!... lo que es que donde sea, cuando sea, donde pueda, te armo un escándalo que se va a oir en América.

Carv. Marieta, tú estás loca.

Mar. (Sin hacerle caso.) Y después... si te he visto no me acuerdo... pero tú con la mona esa?... no te casas, porque no quiero yo, ¿te enteras?

Carv. (Resignado.) Me entero.

Mar. (Recalcando.) Porque no quiero yo. (NAVARRETE aparece de improviso en la puerta del foro. En su cara se ve retratado un pánico indefinible.)

Nav. ¡Señorito!... ¡Señorito!... esta es pior; por el ventano de la cocina lo hi visto.

Carv. (Pegando un salto.) ¡Acaba!.. ¿quién?... ¿qué?

Nav. Que sube el señor Coronel.

Carv. (Participando del lógico terror de su asistente. A Ma-

rieta, suplicante) Marieta... por ¡Dios!... ¡por tu madre! Escóndete o vete.

Mar. (Muy tranquila y reposada.) Ni me voy, ni me escondo.

Carv. (Suplicante.) Marieta, que esto me cuesta ir a un castillo. ¡Por Dios, mira que si el Coronel... (Se oye llamar el timbre de la puerta; Carvajal, dirigiéndose al cielo en actitud de oración.) ¡Santa Rita de Casia!... Te ofrezco un Coronel de cera, si me sacas con bien de este atolladero.

Nav. (Mirando también al cielo remedando la actitud de Carvajal.) Y yo un asistente.. (A Carvajal.) ¿Abro?

Carv. (Hará lo que dice el diálogo, sentándose en el sillón, arropándose, simulando la consabida enfermedad. A su Asistente.) Espera... arrópame... ponme bien la almohada. (A Marieta.) Marieta... ¡por Dios! (Vuelve a oirse el timbre de la puerta.)

Nav. ¡Que llaman mas juerte!

Carv. (A su Asistente.) ¡Abre!... ¡Que venga!.. ¡Que sea lo que Dios quiera! (Vase Navarrete por la puerta del foro. Pausa. Marieta se pasea gozosa por el escándalo que se avecina. Se oye dentro la voz del Coronel, que gruñe en cuanto le abren la puerta.

Cor. (Desde dentro.) ¿Pero es que todos están aquí sordos?

Carv. ¡Rechufa como viene!... (A Marieta.) Marieta... ¡por tu madre! (Entra EL CORONEL. Viene vestido de paisano, con un bastoncito de junco y una cara de pocos amigos.)

Cor. Buenas tardes tardes nos dé Alah.

Carv. (Intentando incorporarse en la butaca.) Mi Coronel... (Quejándose y volviendo a quedar hundido en el sillón.) ¡Ay!

Cor. (Poniéndole la mano en el hombro a Carvajal.) Quieto. ¿Qué es eso? ¿Qué tenemos?

Carv. No sé... unos reumas... unos dolores.

Cor. (Reparando en aquel momento en Marieta.) ¡Ah! No había visto... (Saludándola muy ceremonioso.) Señora...

Mar. (Rectificando.) Señorita.

Cor. ¿Señorita?

Carv. (Apuradísimo y asintiendo a lo que dice Marieta.) Sí, señorita.. parece señora... ¿eh?... pues no tiene nada de señora... es señorita.

Cor. (Un tanto escamado, a Carvajal.) Y esta señorita será seguramente de su familia... digo... estando aquí acompañándole...

Carv. (En plena fiebre de invención y con acento que denota su intranquilidad.) Sí, mi Coronel... precisamente... esta señorita es... una... prima hermana... que tenía yo... en... Burgos .. llegó anoche... en el correo... y hoy vino a verme.

Cor. (Asombradísimo.) ¿En el correo de anoche?

Mar. (Aparte.) ¡Pobre Paco! (Al Coronel.) Sí, señor... en el correo de anoche.

Cor. Pero si el correo de Burgos llega por la mañana temprano.

Carv. (No sabiendo ni por dónde salir.) Sí, señor, mi Coronel, por la mañana... pero ayer... vino el tren con muchísimo retraso. (Buscando en su apoyo el testimonio de Marieta.) ¿Verdad, Marieta?

Mar. (Asintiendo débilmente a la mentira de Carvajal.) Sí, señor, con muchísimo retraso.

Cor. (Dejando aparte esta cuestión y a Marieta.) ¿Y usted es familia de Carvajal?

Mar. (Al Coronel.) Sí, señor; ya le ha dicho él que soy una prima.

Cor. (Por Carvajal y sentándose a su lado.) Bueno... y vamos a ver... ¿Qué tiene este hombre?

Carv. No sé, mi Coronel, yo creo que neurastenia mas que nada... a veces estoy bueno... otras malo... unos momentos me siento heroe... otros—como este de ahora tengo un panico horroroso .. y añada usted a todo esto el reuma.

Cor. A no asegurarme el doctor que era real y cierto su mal, hoy le pongo a usted en cura al trote largo.

Carv. (Sin disimular su pánico.) Mi coronel.

Cor. (Dirigiéndose a Marieta.) Y usted, señorita, ¿tiene aquí más familia?

Carv. (Al quite.) No, señor...

Cor. ¿Y vive usted aquí en esta casa?

Carv. (Interrumpiendo) No, señor. . ca, en un hotel... ahora está en un hotel... aquí vino... (Aparte.) ¿A qué habrá venido, Dios eterno? (Pensándolo.) Aquí vino a hacer oposiciones... es una telegrafista consumada...

Mar. (Asintiendo débilmente.) Sí, señor.

Cor. (Levantándose, y muy expresivo, a Marieta.) Pues mire usted, yo soy un chiflado por la telegrafía: conozco el Morse, se lo que es el Hugues y manejo el Baudot!...

Carv. Ella también, mi Coronel, ella también co-

noce todo eso, pero ya se iba, ¿verdad Marieta que ya te ibas?

Mar. Sí, señor. (Aparte.) ¡Pobre Paco le sacaremos de ésta! Me iba ya... cojo el bolso... Hasta luego, Paco.

Mar. Adiós, Marieta...

Cor. (Saludando a Marieta.) Soy muy suyo... y si no (Cambiando de parecer.) Carvajal, cumplido el deber de cortesía .. le deseo que se alivie... Y usted, señorita, si quiere, puede disponer de un coche de la Peña que tengo abajo... yo la serviré de caballero hasta el portal.

Carv (Aparte.) Dios eterno. (A Marieta aparte.) Marieta, por San Antolín... no metas ningún remo.

Mar. (Aparte a Carvajal.) ¿Por quién me tomas tú?

Cor. (Ofreciéndole el brazo a Marieta.) Señorita...

Mar. Voy. (Aparte a Carvajal.) Y decías que tu Coronel era una fiera... Hombre más simpático. (Al Coronel.) A su disposición. (Se coge del brazo del Coronel y echan a andar hacia la puerta del foro.)

Cor. Con que telegrafista, ¿eh? Pues óigame usted: punto, raya, punto, punto; punto; raya, punto, punto; punto, punto... (El Coronel volviéndose a Carvajal, le dice con ironía.) Que usted, se alivie... me voy aquí con la prima...

Mar. Que... te alivies.

Cor. (Yéndose con Marieta.) Conque decíamos que punto, raya, punto, punto; punto, raya, punto, punto... (Se pierde en el foro la conversación de Marieta y el Coronel, que ya han desaparecido de escena.)

Carv. (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡San Crescencio! ¡Santa Brígida!

(En este momento aparece en el dintel de la puerta Navarrete.)

Nav. Rediez, el señor Coronel... cualquiá lo entiende...

Carv. (A su Asistente, con acento quejumbroso.) ¡Navarrete!

Nav Mándeme usted, mi amo.

Carv. Bájate a la funeraria y que suban a tomarme medida... yo de este berrinche no escapo... ¡ahora sí que me pongo malo de verdad! .. pero señor, ¿quién me habrá hecho darme hoy de baja?

(Llaman al timbre de la puerta.)

Nav. ¿Otra? Hoy mos van a escachar el campano.

Carv. Vete y abre... a quien sea; que hoy se ha puesto todo el mundo de acuerdo para hacerme sentir el no ser Cartujo.

(Se tumba en el sillón y se arropa. Entra Cienfuegos como una tromba, y al ver los preparativos de Carvajal, dice:)

Cien. Yo, chico, soy yo.

Nav. ¿Quieren ustés algo?

Cien. Que nos dejes.

Carv. Que te vayas.

(Navarrete se va sin decir pío.)

Cien. Oye... lo he visto y no lo creo; pero ¿qué es ello? ¿Qué ha ocurrido?

Carv. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

Cien. Aquí... una tontería... al ir a poner el pie en el portal de tu casa, ¿qué dirás que veo?... a nuestro Coronel que en un coche de la Peña se metió ¡asómbrate!, con tu Marieta.

Carv. Pues no me asombro, lo que hago es deplorarlo, rabiar, desesperarme!... ¡esa Marieta!

Cien. Pero, ¿de dónde se conocen?

Carv. De aquí.

Cien. (Que no sale de su asombro,) ¿Eh?

Carv. (Quemado ya.) De aquí. Creo que vocalizo bien: de aquí... vino a verme el Coronel... se encontró con Marieta en este cuarto... y tuve que inventar otra, y no chica... prepárate, Cienfuegos; para el Coronel... Marieta es una prima hermana mía.

Cien. ¡Recaracoles!

(Llaman al timbre.)

Carv. Otra vez... pero Dios mío, esto parece un consultorio.

(Pasa Navarrete por la puerta del foro a abrir. Pausa. Vuelve Navarrete y antes de que hable Carvajal le pregunta impaciente:)

Carv. ¿Quién es?

Nav. Señorito, esta es pior que las otras, lo he visto por el ventanico de la puerta.

Carv. (Impaciente.) ¿Pero quién es?

Nav. ¿Quién ha de ser? La señorita...

Carv. ¿Qué señorita?

Nav. Pues la hija del señor Coronel.

Cien. ¿Laura?

Nav. La mesma.

(Llaman otra vez.)

Carv. Anda, vete, que llaman otra vez... (Vase Navarrete por el foro.) ¡Laurita aquí!

Cien. Chico.. Don Juan Tenorio a tu lado es un don Juan de las Lanas.

Nav. Ya hi abierto... y me ha dicho que si está usted solo...yo hi dicho qui iba a velo... ¿qué digo que está usted solo u que no está usted solo?

Cien. Dí que está solo... yo me iré adentro... chico, ¡buena mano!

Carv. Me escama esta embajada.

(Se va Cienfuegos por el foro)

Nav. (Dentro.) Por aquí, señorita, por aquí.

Laur. (En la puerta.) Se puede pasar?

Carv. Laurita. (Se levanta del sillón)

Laur. Pero, Paco... ¿Qué tienes?... ¿Pero no estabas muy enfermo?

Carv. Demonio, con las glorias se me fueron las memorias. Sí, he estado malo... muy malo... pero ya estoy mejor... casi bueno... fué una enfermedad que me dió de repente... y se me pasó... igual que entró: de repente.

(Carvajal acompaña a Laurita hasta una silla donde ella se sienta, Carvajal permanece en pie.)

Laur. Yo he pasado un día... me dijeron primero que estabas muy enfermo; después oí decir a papá que tú no tenías absolutamente nada y a mamá que tú lo que eres es un fresco, y como no ignoran que tú y yo tenemos relaciones, me han dicho que no te volvería a ver más, que tú eras un golfo y que si yo me encerraba en quererte, me encerrarían a mí... y yo... (Llorando.) loca... desesperada... vengo aquí dispuesta a todo... inclusive a casarme mañana mismo contigo por sorpresa y huir donde sea.

Carv. Pues esta sí que es pior; pero Laura, tú no estás bien de la cabeza.

Laur. Tendrás razón, seré una loca, una desequilibrada, pero yo no puedo vivir sin ti y antes que eso... todo... ¡todo! (Llorando.)

Carv. Vamos, tú has visto alguna película americana... y te ha hecho impresión.

Laur. Eso es, encima búrlate de mí.

Carv. Lo que vas a hacer es irte inmediatamente a tu casa, pero en seguida.. y que todo el mundo ignore esta locura tuya.

Laur. Eso es... ¡tú no me quieres!

Carv. ¡Mujer! ¡Laurita!, con toda mi alma; por eso te digo que te vayas... Mas prueba de cariño.

Laur Bueno, pues... (Levantándose.) ¿Verdad que me querrás siempre?

Carv. Eso, sí. ¡Siempre, siempre!

Laur. Entonces... (Dándole la mano.) Adiós, Paco.

Carv. Adiós, Laura.

Nav. (Entrando todo sofocado por la puerta del foro.) Señorito, por San Aquilino y compañeros mártires, esta sí que es pior que todas.

Carv. (Sobresaltado.) ¡Qué pasa!

Laur. ¡Qué ocurre!

Nav. Ná, una chilindrina... que yo, por estar aquí le señorita... y por ser un perro pa usté, me puse a vegilar la escalera... (Llaman al timbre.) Y ná, ya está ahí... no sé qué himos de hacer.

Carv. ¿Pero quién es... quién llama?

Nav. No lo hi dicho aún.

Laur. No, al menos no lo hemos oído.

Nav. La señora del señor Coronel.

(Lo que sigue lo dirán los personajes muy rápidamente.)

Carv. (A Laura.) ¡Tu madre!

Laur. (Con terror.) ¡Mi madre!

Nav. (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Su madre!

Laur. (Acongojada.) ¡Ay, Paco, que no abran!... ¡Ay, que no abran, por Dios... que no abran...!

(Llaman otra vez con un timbrazo prolongado.)

Nav. ¿Qué hacemos, mi amo?

Carv. Y yo qué sé... no sé...

(Aparece en la puerta del foro CIENFUEGOS.)

Cien. ¿Qué ocurre?...

Laur. (Sorprendida al ver entrar a Cienfuegos.) Cienfueges... ¡aquí!

Carv. Está pasando el día conmigo...

Cien. ¿Pero quién llama otra vez?

Laur. ¡Mi madre!

Cien. (Sin comprender.) ¡Cómo!

Carv. (Desesperado, a Cienfuegos.) La madre de Laura, la mujer del Coronel, mi suegra!

(Suena otra vez el timbre.)

Nav. El campano mus lo estropea..

Carv. (A Navarrete.) Sal y di... que no hay nadie... que nos hemos ido todos.. o que nos hemos muerto.. pero no abras ni a cañonazos.

(Vase Navarrete por la puerta del foro.)

Carv. (A Laura, recriminándola.) Lo ves, Laurita, lo ves... ¡tu locura!

Cien. Ahora no es cuestión de recriminaciones, es cuestión de salir de este belén.

Nav. (Desde dentro, que como lo dice gritando, se le oye desde la escena.) No hay nadie... no, señora... tos estamos fuera.

Laur. Es necesario, es preciso que mi madre no entre...

Nav. (Aparece en la puerta del foro.) Dice esa señora que u abren u tira la puerta.

Cien. Pues es una delicia...

Laur. (Muy apurada.) ¿Qué hacemos, Paco? Cienfuegos, ¿qué hacemos?

Carv. (A Laura.) Mira... a grandes males... grandes remedios.. métete aquí.. en mi alcoba... y y no salgas ni a tiros.

Laur. ¡Por Dios, haz que se vaya en seguida.

Carv. (A Navarrete) Navarrete, abre (A Cienfuegos.) Tú, Cienfuegos, arréglame en la butaca... no olvidemos que estoy dado de baja por enfermo, y no te vayas, sírveme de impermeable para este nublado. (Vase Laura por la derecha. Navarrete por el foro y Cienfuegos coloca a Carvajal en la butaca, volviendo a la comedia del dolor reumático.)

(Doña Socorro hablará siempre con énfasis, dando a sus palabras la entonación de un fiscal que tiene delante al reo; no abandonará nunca su característico deje, que es lo que ha hecho la hayan puesto de mote «La póliza de peseta.»)

Soc. (Desde dentro.) No hay derecho, ni divino, ni humano, para tener a una señora media hora en la escalera. (Aparece DOÑA SOCORRO en la puerta del foro.) Buenas tardes, señores.

Cien. Señora...

Carv. (Como intentando levantarse) Señora... perdone no me levante... pero el ataque reumático...

Soc. (Sin hacer caso de lo que dice Carvajal, sentándose en una silla.) Con su autorización tomo asiento y le ruego señor de Carvajal, que no crea que yo soy el infeliz del Doctor Sagreda... si está usted más cómodo de esa guisa, puede continuar... Yo vengo a lo que vengo y perdón si interrumpí algún coloquio interesante. Aprovechando que mi marido el señor Coronel ha ido a ver al General de la Brigada para un asunto del servicio... habiendo lle-

gado a mi conocimiento que no volverá a casa hasta muy tarde, he tenido a bien venir a ver a usted para percatarle de algo que a ambos nos interesa.

Cien. (Aparte.) Esta señora, siempre que habla, es la redacción de un expediente.

Soc. ¿Es cierto, señor oficial, que usted pretende la mano de mi hija Laurita?

Carv. (Sin saber qué responder a pregunta tan terminante.) Señora... yo... la verdad...

Soc. (Imperturbable y en el mismo tono de voz.) ¿Es cierto, señor oficial, que usted pretende la mano de mi hija Laurita?

Cien. (A Carvajal, que no contesta una palabra.) Di la verdad, si no estamos aquí hasta el mes que viene.

Soc. (Sin variar el tono.) ¿Es cierto, señor oficial...

Carv. (Interrumpiéndola.) Es cierto, sí, señora; es cierto, ciertísimo...

Soc. Basta; aclarado este asunto, paso al subsiguiente; no sé si es cierto que mi Laurita pueda estar enamorada del hombre cuyo cinismo le lleva a poner sus ojos en la hija de su Coronel...

Carv. (Queriendo protestar débilmente.) Señora, por Dios...

Soc. (Sin hacer el más pequeño caso de la protesta de Carvajal) En la hija de su Coronel, siendo por ahí causa de dimes y diretes por su vida de depravación, escándalo y desenfreno.

Cien. (Aparte.) Esta señora ha debido ser Juez de primera instancia en la otra vida.

Soc. (Mientras hacía Cienfuegos su reflexión filosófica habrá sacado del bolsillo un papel que desdoblará y leerá muy despacio; a cada detalle de los hechos que relata el papel en cuestión, se acentuará la cara de asombro de Carvajal y Cienfuegos.) Dígame si no es lo más cierto que anoche a las ocho y cuarenta y nueve, tomaba usted un coche en Santo Domingo, del que se bajó a las nueve y cuarenta y dos en Los Gabrieles, después de haber ido a la calle Ancha de San Bernardo, en la que subió al coche a las nueve y diez y siete, una joven que fué tiple ligera, y con la que estuvo usted en los antedichos Gabrieles hasta las dos y veintitrés de la madrugada, saliendo del restaurant en un lamentable estado de embriaguez.

Carv. (Intenta disculparse.) ¡Señora...!

Cien. (Que no sale de su asombro.) ¡Señora!... (Aparte.) Esta señora es la sucesora en España de Madame Thebes.

Soc. (Sin dar importancia a la actitud de los dos amigos.) Bueno, pues a eso vengo... he hablado con mi Laura... mi ángel ignora los devaneos de usted... sus frivolidades... pero yo, dándole razones maternales—las que no pueden alcanzar su candor y sus pocos años—he venido a romper esas relaciones en absoluto, terminantemente; por tanto y por lo expuesto, considere usted desde hoy que aquello fué un sueño, y como usted no será el que lleve al altar a mi hija Laura, yo vengo a comunicárselo a los efectos consiguientes,

Cien. (Aparte y remedando a doña Socorro.) Dios guarde a usted muchos años. Madrid a tantos de tantos...

Carv. (Levantándose del sillón.) ¡Pero, señora...!

Soc. (Levantándose también) Caballero...

Cien. (Queriendo buscar una avenencia.) ¡Señores!...

Soc. Y terminada mi misión, me ausento.

Carv. (Respirando y aparte.) Gracias a Dios.

(En este momento vuelve a oirse el timbre de la puerta; por el foro pasa Navarrete.)

Cien. (Aparte.) Otra llamada y la niña ahí dentro

(Entra en escena MARIETA como una tromba.)

Mar. Buenas tardes.

Carv. / Cien. (A un tiempo.) ¡Marieta!

Mar. (Saludando a doña Socorro.) Buenas tardes, señora. (A Carvajal.) Hola, Paco; solo quiero ocupar tu atención un minuto.

Carv. (A Marieta.) Espera, que voy a acompañar a esta señora y vuelvo en seguida.

Mar. No, si yo me voy también; vengo solo a decirte que cuando yo prometo una cosa es para cumplirla o sea que no pienses más de ahora en adelante en la niña de tu Coronel.

Soc. (Al oir las últimas palabras de Marieta y aparte.) ¿Qué dice esta mujer? (A Marieta.) ¿Decía usted?

Mar. Lo dicho, señora; que hice una promesa y la he cumplido.

Soc. (Que sigue sin entender lo que dice Marieta.) ¿Pero usted prometió...?

Carv. (Queriendo evitar las explicaciones. A Marieta.) ¡Marieta! (A doña Socorro.) ¡Señora!

Soc. (A Carvajal.) Usted ahora permanezca silencioso. (A Marieta.) Usted, señora, continúe.

Mar. Pues empiezo y acabo en seguida, y (Dirigiéndose a Marieta.) esto que voy a decir la agradará a usted, que al fin y al cabo, es mujer. Yo tenía amores con este sinvergüenza (A doña Socorro.) y usted perdone si es usted de la familia... y este frescales... teniendo amores conmigo, tenía relaciones con la mona de la niña de su Coronel.

Soc. (Volviéndose a Cienfuegos y Carvajal.) ¿Ha dicho la mona? . ¿Dijo la mona?

Carv. (A doña Socorro.) Sí, señora... quiere decir que es muy mona...

Cien. (Recalcando la frase de Carvajal.) Que es monísima.

Mar. (Que sigue imperturbable su perorata.) Por mentir en todo me dijo que le hacía el amor a la niña solamente por dar coba a su Coronel, que era una fiera y a la mujer del Coronel, una señora... que parece que habla siempre en redacción de instancia, tanto es así que en el cuartel, según dice Paco, tiene por mote «La póliza de peseta.»

Soc. (Aparte.) Debo estar verde nilo.

Mar. Bueno, pues todo eso debe ser mentira, todo debe ser falso...

Carv. (Aparte.) Menos mal.

Soc (Tranquilizándose y a Marieta.) Y dice usted que todo debe ser falso...

Mar. (A Socorro.) Sí, señora; porque al Coronel, que es al que conozco, ni es fiera, ni es tirano, sino que es el señor más simpático de España e Islas.

Carv. (Aterrado y aparte a Cienfuegos.) Atiza, ésta sí que es la pior de todas.

Mar. (A Carvajal.) Conque me voy, que sólo subía a decirte: primero, que de la niña no hay nada; segundo, que yo, visto lo charrán que eres, te pago en la misma moneda o sea que he ascendído de teniente a Coronela, y tercero, que el Coronel que me está esperando abajo en el coche, me encarga que te diga que este asunto terminó.

Soc. (A Marieta.) ¿Abajo en un coche...?

Mar. (Sin percatarse de su indiscreción.) Y que si tardo que subirá por mí.

Cien. (Yéndose hacia el foro.) Voy a escape.

Soc. (Autoritariamente, colocándose con los brazos abiertos delante de la puerta del foro.) ¡Quietos!... ¡Todo el mundo se detenga!... ¡De esta casa no se mueve nadie...!

Mar. (Asombrada y sin darse aún cuenta de la cosa.) ¿Cómo que no sale nadie?

Soc. (En el mismo tono.) ¡Nadie... ¡Hasta que un cínico sin dignidad suba a este cuarto!

Mar. (A Carvajal y Cienfuegos.) ¿Pero qué dice?

(En este momento se oye el timbre de la puerta.)

Soc. ¡Silencio!... Llamaron.

(NAVARRETE, que habrá pasado por la puerta del foro, vuelve en seguida.)

Nav. (En la puerta.) ¡Arrea!... (A Carvajal.) Señorito, en la puerta está el señor Coronel.

Soc. ¡Silencio! (A Navarrete.) Abra usted la puerta, yo esperaré aquí la entrada de ese sátiro... (Vase hacia la puerta de la derecha.) y nadie le indique mi recóndita permanencia en este cuarto...

Cien.
Carv. (A un tiempo y poniéndose delante de la puerta del cuarto donde está Laura escondida.) ¡No! ¡Ahí no!

Soc. ¿Por qué?

Carv. (Sin saber qué decir y mirando dónde podría meter a doña Socorro.) Porque... mejor es... detrás de este biombo... se oye... mejor.

Soc. (Convencida y sin maliciar nada.) ¡Ah, cabe en lo probable que esté mejor detrás de este caparazón de lienzo. (Volviéndose a todos.) ¡Ah, pero que nadie le indique mi estancia en este sitio hasta el momento oportuno. (Se esconde detrás del biombo.)

Mar. (A Cienfuegos, intrigadísima.) Pero esta señora... ¿qué es lo que la pasa?

Cien. (A Marieta.) ¡Marieta, esta señora es la mujer del Coronel!

Mar. (Dándose cuenta de la situación.) ¡San Antonio de Padua! «¡La póliza de peseta!»

(El Coronel aparece en la puerta en el curso del diálogo; los personajes pretenden indicar al Coronel que hay alguien detrás del biombo.)

Cor. (Al ver en pie a Carvajal.) Así me gusta, verle a usted; ya bueno y sano.. prueba de ser cierto lo que usted me dijo, Marieta... y a pesar de que el doctor Sagreda aseguraba... (Transición.) bueno, ya cogeré por mi cuenta al médico. (Saludando a Cienfuegos.) Hola, Cienfuegos; (Irónicamente.) cuidando al enfermo,

¿eh?... Bueno, pues (A Carvajal.) dos palabras solo (Al ver los visajes que todos le hacen.) ¿Pero qué les pasa?... De ahora en adelante, Carvajal, dejo de ser para usted el amigo y solo seré su Coronel mientras le conceden el traslado de Regimiento, y sepa que tanto yo como mi mujer—ese abogado fiscal que tengo en casa—estamos de completo acuerdo para negarle rotundamente la mano de nuestra hija Laura.

Carv. (Suplicante, pero muy cuadrado.) Mi Coronel...

Cor. (Interrumpiéndole.) Silencio; estoy hablando yo. Cuando vine aquí antes lo hice porque a pesar de lo dicho por el médico, yo no las tenía todas conmigo y cuando entré reconocí en su prima una tiple que había visto en el teatro y en las cajas de cerillas, y me dije: Coronel, el reuma y la prima de Carvajal corren parejas, y dejándole a usted con el reuma me llevé a la prima, la sonsaqué primero, la saqué de sus casillas después...

Mar. ¿Y no tiene usted miedo de que se entere «La póliza de peseta,» como la llaman a su señora?...

Cor. (Jovialmente a Marieta.) A mí me tienen sin cuidado todas las pólizas de todos los precios de todos los estancos...

Soc. (Irrumpiendo en escena.) Muy bien, Rodolfo... eres un tío...

Cor. (Asombradísimo ante la aparición.) ¡Socorro! ¡Socorro!

Mar. (A Cienfuegos y por el Coronel.) Pero, ¿qué tiene... que le da?...

Cien. (A Marieta aparte.) Es que la llama por el nombre de pila.

Soc. (Al Coronel, que no sale de su estupor.) Mañana se entera de tu depravada conducta todo Madrid.

Cor. Pero, ¿de dónde sale esta señora?...

Carv. (Al Coronel.) ¡Del caparazón!

Soc. (A su marido.) Y ahora se casa... y tú, Rodolfo, ten cuidado con esta póliza que verás dentro de poco cómo pone a un Coronel del Ejército... (A Marieta.) y usted, señora, tendrá a bien desaparecer... y procurar que no me la encuentre en mi camino... porque yo sé punto por punto todo lo que me interesa, y si no que se lo pregunten a Carvajal.

Carv. (Asintiendo a las palabras de Socorro.) Sí, señora, sabe usted con horas y minutos lo que hace todo el mundo.

Cor. (Descifrando el enigma.) Toma, como que está suscrita a «El ojo de la Providencia», sociedad de detectives y espías...

Soc. (Continuando la conversación del Coronel.) Pruebas para pleitos y (Recalcando lo que sigue mirando al Coronel.) divorcios... ¿te enteras? (A Carvajal.) y usted, Carvajal, no piense más en mi hija para nada... (Ante un gesto de Carvajal.) para nada, y sepa usted que Rodolfo tiene razón: debe usted mismo pedir el cambio de regimiento.

Cor. Yo, en este punto, me conformo con la petición fiscal.

Soc. (A Carvajal.) Y si mi Laura se emperra en quererle a usted, la encierro, pues tenga usted entendido, nunca, de ningún modo será para usted.

(En este momento sale LAURA de su escondite, con la natural estupefacción de sus padres.)

Laur. Según y cómo, porque saliendo de la alcoba de Carvajal no tendrán ustedes más remedio que dejarme unir a Paco.

Cor. (Asombradísimo sin saber lo que ocurre.) Pero, ¿de dónde sale ésta chica?... ¡Hoy toda mi familia se ha trasladado a este domicilio!...

Soc. (A Carvajal.) ¡Pero esta criatura!... ¡Carvajal... ¡Inmediatamente explicaciones!...

Laur. (Interviniendo.) El no tiene la culpa de que yo esté aquí, lo que les repito es que o me caso con Paco o a pesar de «El ojo de la Providencia» de mi madre, me escapo con él en un auto y veremos si me tienen o no que casar.

Cor. (Filosofando amargamente y a Laura.) Y tienes razón, hija mía, mucho ojo y mucha Providencia para los de fuera... (A Socorro.) Y tu hija en casa de su novio... (En transición brusca y de pronto.) ¡Ea!, terminado este incidente. Y ahora, háganse cuenta de que estoy a caballo.. Laura se casará con Carvajal, Carvajal pedirá dos meses de licencia y dos de prórroga para pasarlos con sus padres en el campo, y dentro de cuatro meses hablaremos... ¡ea! (A Carvajal.) Usted a hacer la instancia, (A Laura.) tú te vienes conmigo a

casa, (A Marieta.) y usted, señora, desaparezca de mi vista para siempre. (Inclinándose al oído de Marieta.) La espero a usted esta noche en el cine del Hotel Palace.

Carv. (Llamando a su asistente.) Navarrete.

Nav. (Apareciendo en la puerta del foro.) Señorito.

Carv. (Hablando en la puerta con su asistente.) Vete a la calle y me traes... (Sigue hablando con él en voz baja porque el Coronel le corta la conversación.)

Mar. (Yéndose despacio hacia la puerta como resignada con su suerte.) Está bien, hasta nunca... y celebro verles en amistad tan íntima.

(Marieta está en el dintel de la puerta cuando se dirige a ella el Coronel, que la hablará autoritariamente.)

Cor. (A Marieta.) Váyase y no se olvide de lo que acabo de decirla.

Mar. (En voz baja al Coronel.) ¿A qué hora?

Cor. (En voz baja a Marieta.) A las diez. (Vase Marieta por el foro.)

Cor. (A su mujer.) Y yo, Socorro, te prometo que esta intentona de devaneo será la primera y la última.

Soc. (Siempre con su acento de fiscal en ejercicio. A su marido.) A pesar de tus lucubraciones, y considerando que me has ofendido gravemente, considerando tu conducta depravada, considerando...

Cor. (Interrumpiendo a Socorro.) Mujer, quieres llegar al resultando.

Soc. (Al Coronel.) El resultando te lo diré en casa. (A los oficiales.) Y usted, Carvajal, y usted, Cienfuegos, a callar esta vergüenza que mi hija ha hecho caer sobre nosotros.

Carv. (Al oir las últimas palabras de doña Socorro.) Señora... yo cumpliré lo prometido... Haré la instancia al Capitán general pidiendo dos meses de licencia y puede usted creer que mi único deseo es el cumplir mi palabra de matrimonio a Laura.

Cor. (En tono más jovial.) Ea, ¡basta!, reconciliación general, seamos todos felices y no se hable más de esto para nada, ¿entendidos?

Nav. (En la puerta del foro.) ¿Dan ustés su permiso?

Cor. Adelante.

Nav. (Dirigiéndose a su amo.) Señorito.. la póliza de peseta.

Carv. (Dando un salto.) ¿Eh?

Nav. (Asustado ante la actitud de Carvajal.) El sello que m'ha mandao usté comprar.

Cor. Tienes razón. (Enseñando el sello a doña Socorro.) El sello para la instancia al Capitán general. ¿Y con esto salgo ya absuelto?

Soc. (Siempre en su tonillo de relator.) Usted, Carvajal, absuelto; (Al Coronel.) y tú, condenado a que desde hoy «El ojo de la Providencia» caiga sobre ti a todas horas.

Laur. (A Carvajal en tono de súplica.) Paco... ¿no volverás a las andadas?

Carv. (A Laura.) Te lo prometo, Laura, por mi palabra de honor, que es mejor salvaguardia que el ojo de la Providencia de tu madre.

Cien. (Aparte al Coronel.) Pues se ha caído usted, mi Coronel. Aquí sabemos cómo las gasta «El ojo de la Providencia.»

Cor. (Aparte al Doctor.) ¿Sí? Pues esta noche, con Providencia o sin ella, yo voy al Palace aunque sea en aeroplano.

Soc. (Adelantándose hacia la batería y dirigiéndose al público.)

Si este juguete es el considerando,
público, tú dirás el resultando.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Joaquín Téllez de Sotomayor

El número 1428.

Los hijos de Aragón. (1)

La póliza de peseta.

---

(1) En colaboración con G. Cantó.

Precio: UNA peseta